

## El corral de Cañizares

Era corral y era bodega y ambas cosas espléndidas, como hechas cuando el terreno se compraba allí a ojo o por fanegas, aunque el ojo fuera de los acostumbrados a aforar.

La nombradía la tenía sin embargo como corral por ser el más conocido y popular, como más adecuado que ningún otro para celebrar festejos y espectáculos de grandes concentraciones de personal, como corridas de toros, tóteres, carreras en saco, y otras excentricidades en épocas de feria u otras fiestas veraniegas.

Allí vi yo de torear a Casitas varias veces como director de lidia, antes de tratarle personalmente. Y a Campayo, carnicero de vaca con trazas de picador que sucedió a Segurita y al amigo Sebastián Guzmán que luchaba con los toros a brazo partido y la gente le aplaudía a rabiar, lo mismo que a Trino, Trino Belda, organizador y sostén de su compañía de tóteres casi familiar que acabó por hacerse alcazareño y se fue a morir arrinconado en Galicia, arrasado por los aires profesionales, como casi todos los cómicos que no se encuentran fuera de su arte.

Siempre estuvo Trino alrededor de la plaza, del Altozano a la carretera y de la carretera al Altozano y de allí no salió ni cuando se casó y una vez que se colocó a trabajar lo hizo en las contribuciones, pero no podía olvidar su arte y en cuanto llegaba el buen tiempo ya estaba planeando salidas a todos los pueblos conocidos, pues le enajenaban las series de vueltas de campana y las risotadas de la chiquillería que contemplaba con asombro sus payasadas y le aplaudían sin cesar porque eran el difícil motivo de su fama.

No tenía Alcázar ningún otro corral que se distinguiera por su nombre propio como éste, aunque los había muy parecidos y aún mayores pero no tan regulares de forma y bien situado para ir a las funciones de noche, aunque con mal piso cuando no había aceras.

Y bien cerca tenía el más grande de todos en su época pero inadecuado para estos menesteres, que era el de la fábrica del Salitre, cuyo último cuidador fue el padre de Quintiliano y allí conocí a Malaco, a la Picotera, a la Minayera, al tío Angelillo y otros necesitados que empezaban a poblar los Sitios. Y vi las mejores meriendas de mi vida, un lebrillo lleno de ensalada de tomate con cebolla y un gran jamón entero, para descuartizar y comerselo sin dejar ni rastro, las cortezas fritas, lo magro con la ensalada y lo gordo entremezclado. El vino sin agua para no escandalizar los vientres como decía Baltasar del Alcázar.

La temperatura era veraniega, y las esperanzas en la merienda op para empujaban los ánimos hacia los platos de las tajadas y al barreño de la